**Nuestra casa común**

**Lilia América Albert**

El pasado jueves 18, el papa Francisco presentó su encíclica “Laudato si” (Alabado sea) dedicada a lo que ocurre en nuestra casa común, el planeta tierra. (<http://w2.vatican.va/content/dam/francesco/pdf/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si_sp.pdf>).

Por su amplitud, los numerosos puntos críticos que toca y su enfoque, al mismo tiempo religioso y científico, esta encíclica es, con seguridad, el documento más importante sobre la protección del ambiente, no sólo de este año, sino de muchos más.

La encíclica enfatiza que la tierra es nuestra casa común y, también, nuestra hermana, con la cual compartimos la existencia. Al referirse a la destrucción del ambiente, -al cual deberíamos proteger, cuidar y mejorar-, afirma que nuestra madre y hermana, que nos sustenta y gobierna, clama por el daño que le estamos provocando como resultado del uso irresponsable y el abuso de los bienes que nos provee.

Se inspira en dos fuentes primordiales; por un lado, las corrientes eclesiales que trabajan con los pueblos marginados, cuya mayor voz es el filósofo brasileño, ex sacerdote e intelectual, Leonardo Boff, autor de la obra “*Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres”,*  fundamental en el cristianismo contemporáneo.

La segunda fuente es histórica y se centra en la figura y el pensamiento de San Francisco de Asís (1181-1226), los cuales son la principal inspiración para cambiar radicalmente la posición de la Iglesia ante la debacle ambiental del planeta, puesto que, a través de los años, la iglesia católica se fue adaptando a los cambios de la política y aceptando, de manera implícita, que la naturaleza debe estar al servicio de lo humano, del capital y de la industria, por lo que hay que subyugarla y explotar sus riquezas.

Con estas bases, la encíclica propone un cambio sustancial en las posturas tradicionales de la Iglesia católica y, en general, de los grupos de poder religioso y político. Hace una fuerte crítica al consumismo, al desarrollismo, a la tecnocracia y al mundo financiero, al tiempo que expresa respeto por otros saberes y culturas, destaca el papel de la mujer, reivindica las luchas sociales, considera a los pobres y marginados como sujetos del cambio y destaca el papel esencial de los movimientos populares para la protección del ambiente.

Es una lúcida defensa de los bienes comunes y un llamado a asumir una conciencia planetaria. Enuncia con claridad y valentía lo que todavía no se han atrevido a aceptar los diplomáticos, los gobiernos del mundo, la inmensa mayoría de los políticos, e, inclusive, algunos grupos científicos proclives a justificar las decisiones de los políticos o respaldar las acciones de las empresas.

Un elemento central de este documento es la estrecha relación que establece entre la destrucción ecológica y la justicia social pues afirma que no se puede separar el dolor de los pobres y explotados del dolor de la tierra; que la crisis ecológica es consecuencia de la mercantilización, la economía tecnocrática, el consumismo y la acción depredadora de corporaciones y bancos.

Hace notar la conexión directa que hay entre destrucción ambiental y social y el paradigma vigente de desarrollo sustentado por una minoría que, desde las finanzas, domina las políticas nacionales e internacionales en su beneficio, abusando de los bienes comunes. Afirma que la desaparición de una cultura puede ser tanto o más grave que la desaparición de una especie animal o vegetal y que la imposición de un estilo hegemónico de vida ligado a un modo de producción puede ser tan dañina como la alteración de los ecosistemas. Denuncia simultáneamente la perversión de la técnica y la pérdida del sentido de la proporción como rasgos inherentes al capitalismo como sistema económico dominante.

Al referirse a la tendencia de tratar de resolver los problemas con tecnología ligada a las finanzas, resalta que, muchas veces, las soluciones tecnológicas crean problemas nuevos e imprevistos; por eso, afirma que es esencial reducir la velocidad de los cambios para tratar de elegir modificaciones que sean positivas y sostenibles, en lugar de aquéllas enfocadas a la ganancia de algunos grupos o a dar soluciones de corto plazo.

También hace notar que muchos de los problemas que aquejan a la tierra derivan de la cultura del desecho, por la cual las cosas rápidamente se convierten en basura que no se degrada y termina afectando a todo el planeta que, como resultado, se convierte en una inmensa acumulación de desechos. Señala con toda claridad que no es propio que nosotros, sus habitantes, vivamos cada vez más inundados de cemento, asfalto, vidrio y metales y privados del contacto físico con la naturaleza. Por esto, dice, es esencial cambiar el estilo de vida, de producción y de consumo.

Otro importante factor es que no se limita a las consideraciones religiosas, sino que tiene como base información científica que muestra, sin lugar a dudas, el deterioro creciente del ambiente y sus diversas causas, entre ellas, el cambio climático, el cual aún es puesto en duda por los grupos y los políticos de países cuyos intereses se verían afectados si el mundo cambiara su dependencia del petróleo y se desarrollaran las energías que no dependen de él.

La encíclica afirma, con sólidas bases científicas, que el cambio climático es real y creciente; que su principal causa son las actividades humanas y que sus consecuencias serán gravísimas y afectarán el futuro de la humanidad, puesto que se reducirá la cantidad de agua potable, se dañará la agricultura, se causará la extinción de algunas especies de plantas y animales, se acidificarán los océanos y aumentará el nivel del mar, causando la inundación de numerosos lugares y el desplazamiento forzado de sus habitantes.

Al respecto, toca dos puntos básicos; el primero, que el clima es un bien común, que no es propiedad de una o varias naciones o de las grandes empresas y, en segundo lugar, que a su protección debe aplicarse el principio de responsabilidad diferenciada, el cual ha sido sistemáticamente minimizado en las negociaciones internacionales. Concluye que, para evitar una catástrofe global, es necesario detener las acciones humanas que conducen al cambio climático.

La encíclica también aborda la justicia y la sustentabilidad ambiental en sus sentidos más amplios, al tocar la desigualdad y la injusticia derivada de la inequitativa distribución de los efectos negativos del deterioro ambiental. Resalta que el deterioro ambiental y la degradación de la vida humana están interrelacionados y se agravan en paralelo y que la sustentabilidad ambiental sólo podrá lograrse si, al mismo tiempo, se hace justicia a los pobres y marginados.

Es un esfuerzo claro y comprometido para conmover con emoción y argumentos y para incitar a la reflexión y la acción. Contribuyen a su importancia la calidad moral del papa y que está dirigida a todos los habitantes del planeta pues, aunque apela ante todo a los católicos, también se dirige, con sentido de urgencia, a todos quienes, creyentes o no, tengan alguna sensibilidad o preocupación respecto al futuro de la tierra.

Si bien el impacto de la encíclica ha sido grande, la controversia apenas empieza y falta mucho para que, como sociedad, entremos al fondo del asunto y asumamos plenamente las consecuencias de nuestra forma de actuar.

Sería deseable que se hiciera un resumen sencillo de ella para que nuestros administradores y gobernantes la pudieran entender, reflexionaran sobre su responsabilidad en la protección de nuestra casa común y, con suerte, se decidieran a actuar en sus respectivos ámbitos con la urgencia que el caso amerita.